

Juan Filloy

Diatriba contra el fútbol de hoy



Colección
liberalibro

UniRo
editora

Filloy, Juan

Diatriba contra el fútbol de hoy / Juan Filloy ; ilustrado por Jericles. - 1a ed. - Río Cuarto : UniRío Editora, 2013.
20 p. : il. ; 15x10,5 cm.

ISBN 978-987-688-047-3

1. Narrativa Argentina. I. Jericles, ilustr.
CDD A863

2013 © Juan Filloy

© UniRío editora. Universidad Nacional de Río Cuarto
Ruta Nacional 36 km 601 – (X5804) Río Cuarto – Argentina
Tel.: 54 (358) 467 6309
editorial@rec.unrc.edu.ar
www.unirioeditora.com.ar

Primera edición: *Septiembre de 2013*

ISBN 978-987-688-047-3

Ilustración de contratapa: *Jericles*

Fotografía central: *Carlos Mateo*



Este obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución 2.5 Argentina.

http://creativecommons.org/licenses/by/2.5/ar/deed.es_AR

Acerca de la diatriba

Diatriba. Desde antiguo y de la mano de la retórica, así se nombra al discurso hablado o escrito que, con tono vehemente y polémico, encara una disputa.

Toda diatriba supone un hablante o escritor potente que defiende su postura en torno a la temática referida, con argumentos sólidos y argucia textual. Sobrevuela a menudo una intencionalidad sarcástica y un registro sostenido de oposición.

No se trata de un texto prudente o con aspiraciones de objetividad y distancia. Tanto es así que en la diatriba podría decirse que pujan por la posesión del protagonismo textual el autor y aquello de lo que se habla. Y quien escribe —su visión particular acerca del tópico abordado— lleva las de ganar.

Del mismo modo, el lector no podrá mantenerse neutral frente a esta textualidad y a la voz autoral que continuamente trata de persuadirlo acerca de la validez de lo que dice. Un juego enunciativo de llevar a quien lee a la posición que se sostiene con convicción y razones expuestas. Eso sí, las reacciones lectoras pueden ser diversas: acuerdo, enojo, complicidad, molestia.

“Diatriba contra el fútbol de hoy”, de Juan Filloy (1990). UniRío Editora, la editorial de la Universidad

Nacional de Río Cuarto, libera este texto para que busque y encuentre sus lectores en este otro hoy. Y que provoque réplicas, alejadas de la indiferencia.



Agradecemos a Monique Filloy el consentimiento para esta publicación liberada.

Accedimos a una versión escrita a máquina, con algunas correcciones y emmiendas de Filloy en el margen. Salvo cuando la autocorrección era en firme, la decisión editorial consistió en no intervenir el texto original.

Diatriba contra el fútbol de hoy

Cuantitativamente, puesto que la pasión afecta tanto a nativos como a extranjeros, el fútbol supera el patriotismo en la República Argentina. Duele decirlo, pero es así. El fútbol unifica al país en la única mística que lo seduce y conmueve.

La impresionante idolización de sus jugadores, la violenta rivalidad fomentada de sus equipos y la descomunal propaganda que la prensa oral y escrita asigna a tal deporte, ha creado un fervor morboso, una comunión casi palpable en el ámbito nacional.

Basta observar cómo lo “saca de la casilla”, a lo largo y ancho del país, cualquier performance trascendente. Cómo lo desplaza y exulta. Cómo lo desgañita y lo enerva. Cómo deja de lado lo fundamental de la nación y las angustias de la vida propia.

Este fanatismo ataca a chicos y grandes. Niños de cinco a diez años, alucinados por fotografías y relatos en diarios y revistas, colonizados por la exaltación sistemática de cualquier jugador goleador, por los cuantiosos pases y sueldos millonarios, renuentes a la educación paterna no quieren estudiar. Y compulsando miserias y salarios del hogar anhelan ser grandes para alcanzar la gloria de jugador de fútbol.

Ojalá nuestra patria fuera una gran y ordenada cancha de fútbol. Ojalá el deporte gozara en ella el es-

tricto sensu de la *sportmanship*: la estupenda victoria de constituir una comunidad caballeresca.

En la acepción dominguera que prevalece en nuestro medio, la afición ha copado la práctica del sport mismo. Nada de músculo, compinchería en acción. Compinchería que acude a presenciar las bregas, más para vaciar su batería emocional que para brindar loores y aplausos. ¿Es acaso deporte veintidós adversarios en pos de una pelota y cien mil espectadores que se enronquecen dentro un stadium tras “la jaula olímpica de seguridad”?...

Ignorando muchedumbres argentinas he presenciado miles de partidos de fútbol. Muchísimos resultaron admirables cotejos de juventud briosa, espléndidas expresiones estéticas de disciplina y potencia. Mas la mayoría, disputas resueltas en protestas y desmanes. La fatalidad de las justas es que derivan del juego a la agresión, y entonces se encarajinan las cosas al pasar del *fair play* a la violencia irracional. Francamente, de muy pocos conserva mi memoria una estampa comparable a la descripción de un match escrita por Jean Giraudoux, en que los teams adversarios más que bregar danzaban un ballet armonioso, sobre un tapiz verde, bajo el azul de una tarde dorada... Sí, la mayoría de los partidos son comúnmente apoteosis de violencias en la cancha y episodios de grosería y bajo comportamiento en las tribunas.

La humanidad pasa por un período de exasperación y agresividad. La gente carece de pudor para exteriorizar crudeza y desprecio. De tal modo, el espectáculo imponente del fútbol no disimula su brutalidad integral. Sobre todo, cuando los fanáticos del club perdedor son más que los del triunfante. Cualesquiera haya sido el resultado —3 a 1, 6 a 2—, la derrota entroniza en ellos un frenesí furibundo “de reparar la injusticia”, porque la derrota lo es en su ilusión frustrada. Entonces, manos y brazos se agitan en una zarabanda infernal de oprobio y destrucción. Y paradójicamente, deviene la sublime: el estadio se transforma en cráter y, como en la tragedia antigua, acontece la *katastrophe*: la explosión de las furias del hombre, en las cuales el gol o los goles del triunfo quedan aplastados por la depredación y el delito... Hasta la próxima fecha del *fixture* oficial.

Cientos de fields reglamentarios en ciudades importantes y miles de canchas en terrenos baldíos urbanos y rurales, radican en la vasta heredad de la nación. Como estructuras básicas del deporte, en sí esta evidencia es auspiciosa. Cada estadio en función, ya sea confortable o precario, representa un ansia de salud y mejoramiento físico. Y lo que es más: un ideal de juventud sana y pueblo rozagante. Aunque siempre no sean ejemplos de plenitud muscular y agilidad mental, sino circos de malas pasiones y fechorías.

Parejamente por eso, por encima de la emulación que realizan en ellos falanges de atletas en sus performances y campeonatos, corresponde destacar una misión sobresaliente: la de proveer a enormes multitudes la terapia asequible de la distracción en pleno contacto con la naturaleza. Aunque a menudo esta terapia de esparcimiento popular derive a punibles desbordes bastardos.

Un cálculo tal vez exiguo señala que las canchas argentinas cobijan tres millones de espectadores. Cuantitativamente, es un dato que tonifica y exulta como afición y costumbre. Pero que pierde fuerza observando que en esa concurrencia hay de todo: sanos y enfermos, con taras y con piedras en los bolsillos, radiantes o presos de abulia y depresión. Vale decir, tres millones de individuos que, dos o tres horas después, las canchas sueltan aligerados de reprensiones, recobrados para la fagina semanal siguiente...

La afición al fútbol deviene fácilmente adicción. En el laboratorio de clubes y de ligas se prepara esa droga maravillosa.

Fíjense. Existe una curiosa coincidencia formal entre el agujero ovoide o circular de las viejas letrinas y el cuenco ovoide o circular de los estadios deportivos. Más que una alegoría esta semejanza expresa una realidad. Así como el hombre necesita defecar para mantener en regla su organismo, la muchedumbre necesita

evacuar de su espíritu los residuos juntados en el oprobio y el trajín de la semana.

Imagínense lo que sería la población del Gran Buenos Aires si esa concurrencia de tres y más millones de enfermos, malandras, puteadores y energúmenos, de locos, malvados, vesánicos y gesticuladores, de bestias, crápulas, maniáticos y facinerosos, no pudiera desagotar sus intestinos mentales por el ano de la boca.

Imaginarlo, de por sí es meterse en un pandemio dantesco. Es un alivio considerar que el fútbol, practicado por veintidós personas promocionadas, obre como un purgativo de decenas de miles de secos de vientre y de alma, de diarreicos crónicos que sueltan sus inmundicias en la vida de relación. Bajo tal concepto sociológico, reputo que el fútbol cumple una *katharsis* positivamente sanitaria en el devenir de la Argentina. Y hasta justifican *la medicina cara del deporte*, a través de los cuantiosos emolumentos de jugadores y dirigentes, y los sobornos y trapicheos de cuantos medran a su sombra.

En la vorágine de intereses del fútbol actual ¿qué virtud, qué atributo se mantienen puros en contacto con la avaricia y la abyección que prevalece en él? Nada.

El fútbol ha sido limpio, paradigmático, en la época inaugural de los súbditos ingleses que lo implantaron y de los primeros argentinos que supieron adecuar sus





piernas y sus almas al *dribling* y al *shot*. Y lo ha sido también en las órbitas magistrales en que actuaron Alumni, Racing, River, Boca Juniors, Estudiantes de La Plata, Rosario Central y Newells de Santa Fe, Talleres y Belgrano de Córdoba. Vale decir, mientras ligas, asociaciones y clubes impulsaban fuerzas y alientos en el más noble amateurismo.

Actualmente el fútbol ha dejado de ser deporte. Es una industria venal incontrolable, a cargo de ejecutivos que lucran, fracasan y siguen medrando; y de jóvenes que se someten ominosamente a una *trata* de aptitudes, similar a la trata de esclavos y trata de blancas. Y ¿por qué no decirlo con orgullo?: algunas entidades inequívocamente amateurs que subsisten bajo lápidas de deudas y resucitan dominicalmente para seguir perdiendo.

Hoy el fútbol es de tan mala calidad, que la gente sensata no suma su adhesión. El vedetismo de los jugadores y directores técnicos es tan nefasto que los stadium se ven cada vez más vacíos. Descaracterizando así por el desgano de unos y la inepticia de otros, las competiciones espantan. Ya el fútbol no es la magnífica eclosión de entusiasmo y potencia, sino una lidia de los *trainers* a los costados de la [cancha] emperrados en ataques y defensas sin alcanzar la vibración multánime del gol. Es amargo decirlo: el fútbol electrizante de otrora es ahora el lastimoso ideal del 0 a 0...

Cuando se asume y se practica cualquier tipo de sport, ganar o perder son contingencias impredecibles en el orden individual. La victoria es un logro que no humilla al vencido. No cabe orgullo ni resquemor porque prepondera la entereza y la calidad. Además, todo ello está regulado en la hidalguía del *fair play*, vale decir castizamente en la nobleza del juego limpio.

Pero, en el orden competitivo de las entidades o las naciones, el concepto cambia. Perder es ominoso. Por eso, los equipos representativos compiten con ferviente voluntad de triunfar. De ahí que entidades y países sufran intensamente sus derrotas, considerándolas —como Italia hace poco— lo mismo que la suma de vergüenza y oprobio de un desastre nacional.

Conviene decirlo. Creer apodísticamente en la superioridad del equipo propio, amén de una óptica falsa implica una flagrante desvirtualización de lo que son las competiciones internacionales. Nadie debe jactarse antes de triunfar. Lo afirma la experiencia de 1990.

Todo se debe a que el goal ya no es la meta. El fútbol ha revertido su alegría original. Hoy es una pasión perpleja. Ya no se busca ni se anhela halagar a los parciales acumulando goles, es decir explosiones estentóreas de vivas y aplausos. Ahora lo que priva es la terca decisión de no ser vencido, el supremo designio de impedir la superioridad del contendor. Ello prefi-

gura *ranking* y preeminencias en los cuadros de los campeonatos.

El torneo mundial de Roma careció de ámbito propicio de simpáticas vibraciones populares. Infortunadamente, no hubo en su desarrollo más que una escasa producción de goles. Esos goles que levantan al unísono las muchedumbres y su ánimo. Esos goles que exultan, por encima de todas las pesadumbres, las palmas y loores de la apoteosis.

Un vistazo retrospectivo a tal campeonato ratifica lo afirmado. Prescindiendo de su final equívoca y precaria —0 a 0 en pureza— analicemos los scores de los encuentros habidos: La gran mayoría finiquitó 0 a 0 o 1 a 1, revelándose con ello sino una paridad efectiva de méritos por lo menos una paridad real de suficiencia. Paridad que no se destruye ni se consagra con “la definición por penales”: fórmula especiosa, burdo invento creado por los mercaderes de *totto calcio*, prode y otros *football's business*...

La virtualidad de desencanto y fastidio que se observó en la atmósfera de todos los estadios italianos traduce una sensación amarga: la mediocridad del fútbol de hoy. En efecto, hubo pocos partidos brillantes puntuados por goles de aquellos de *illo tempore*, en que escuadras bien entrenadas debatían claríficamente la verdad de su dominio merced a la pujanza de sus piernas y el vigor de su ingenio.

Lógico. Entonces los teams desplegados en forma clásica –goalkeeper, backs, halves y forwards– cumplían su rol de elenco deportivo, conociendo y disponiendo a fondo su calidad de actores. Cada cual era agonista de sus propias condiciones y espontáneo gestor de sus aciertos y oportunidades.

Hoy los cuadros funcionan colectivamente y ¡ay de los que no respondan a las instrucciones de los técnicos! Son ellos, únicamente, quienes determinan tácticas y estrategias apostados a ambos lados de la cancha, ni más ni menos como si fueran dos ajedrecistas disponiendo sus trebejos de marfil, hueso o madera...

El opio que difunde el fútbol de hoy en día se debe exclusivamente a su mediación, mediación condicionada por sus intereses. Violando la tradición, defensas, mediocampistas y volantes son ahora jugadores híbridos de actuación mixta profusa, con lo cual la lucha de sus equipos no es más que un empecinado entrecruzamiento de casi todos los contendientes en el sector central de la cancha.

Las barras ya no son formaciones de adictos partidarios. Han evolucionado para peor. Los proselitismos van desde las *clagues* de diletantes hasta el energumenismo de la masacre de Bruselas. Formando turbas o falanges, los fanáticos se aglutinan para perpetrar desmanes, incidentes y crímenes.

Hooligans, tifosi, torcedores, hinchas, etc., ore[...] constituidos confabulan para destruir la armonía de las bregas y las instalaciones a mano. Acontece entonces, por morbosa exasperación de partidarios, la ruptura del ámbito apacible que deben tener las competiciones deportivas para convertirse [en] sensacionalismos de crónica policial.

¿Para qué aludir por consiguiente a la *summa* de impertinencias que poblaron las gradas de los estadios itálicos durante el campeonato mundial? Pongamos una mordaza de algodón conmisericordia a la boca de la multitud que vocifera insultos, irreverencias o blasfemias contra himnos y símbolos de naciones amigas.

La pugnacidad agresiva, los desplantes, la connivencia son taras del ser humano, signo de regresión a instintos primarios, absolutamente ajenos a moderación y caballerosidad propias del deporte. Y por lo mismo que éste fue una creación ciudadana de la *polis* griega la *política* y la *politesse*: el orden esencial, la urbanidad ¿por qué frustrarlo con asunto de *policía*?...

Las barras no meditan: obran impulsivamente. Fáciles al daño y la afrenta, a la pifia y la burla, su sadismo disfruta con la amargura de los prudentes que calla y de los cobardes que se acurrucan. No respetar nada es su consigna. Ni su propia estimación, si existe...

Antaño, en la época en que el fútbol fue *amateur*, las crónicas describían partidos con scores altos: 5 a

2, 4 a 1, 3 a 0, etc. Es decir se demostraba numéricamente lo que es el **dominio** de un bando. Conviene señalarlo, porque se confunde el dominio con una permanente agresividad sin goles.

Actualmente, la emulación de los equipos es casi nula. La suplanta un aburrido prevalecer recíproco, ya en un sector o en otro. Locales y visitantes más que buscar el gol, se afirman en sus posiciones con el único objetivo de evitar el triunfo del team contrario. Este ir y venir, este balanceo estéril, sin goles, reduce la competencia en una especie de masturbación futbolística.

Dirigentes y técnicos son responsables de esta degradación anodina. La industria del deporte propende de ese modo a defender el “cartel” de las instituciones y no la calidad de los espectáculos. Las ganancias instan. Así, las convocatorias de otrora para sábados y domingos, ha sido suplantada por la insólita frecuencia de los partidos, tarde y noche, en cualquier día de la semana.

Formulados estos reparos, cabe en la ocasión destacar la actuación a veces eximia de directores y entrenadores. Y en la coyuntura, la eminente del trainer ruso Nepomniansky, verdadero gestor del honroso desempeño de Camerún, indiscutiblemente la gran revelación del certamen latino. Y ya en este tren de reconocimientos, apuntar las actuaciones de Franz Beckenbauer, Carlos Bilardo y Azeglio Vicini como tutores

de los seleccionados de Alemania, Argentina e Italia, por su eficiencia fáctica, no obstante su opacidad cuantitativa en los matches celebrados.

Puesto que el fútbol fue un bello y recio deporte mientras se mantuvo *amateur*, la FIFA y federaciones asociadas tienen el deber de propugnar para regenerarlo, recuperándolo de su decadencia utilitaria. Falta una acción tenaz enderezada a esa finalidad, tal como la que constantemente desarrolla el Comité Olímpico Internacional. ¡Valga el ejemplo!

El fastuoso campeonato mundial de Roma fue un alarde espectacular: como cronograma de financiación de una apetencia universal y como banco de colosales sumas acopiadas. No cabe duda: fue soberbio. Más, como expresión de supervivencia futbolística, no fue brillante, apenas puede ubicarse en una apagada mediocridad. Si hubo matches excelentes, no alcanzaron el nivel de México. Primó un fútbol seco, sin euforia, grato a los trainers de seleccionados, no a las concurrencias multitudinarias ávidas de goles. No hubo tampoco un fútbol-seminario de figuras estelares como antes. Quizás único fue el arquero del cuadro argentino, que atajó sendos penales en partidos decisivos. Todo se diluyó con el esplendor de los fuegos artificiales, las guirnaldas de banderas y divisas, los desfiles de modas y alegorías baratas.

Desde estas evidencias, es justo añorar la grandeza del fútbol. Ostenta la categoría máxima entre los deportes del planeta. Y en el sentido afectiva, la más honda afición de la humanidad.

En homenaje a las pubertades argentinas que aprendieron a jugar al fútbol con pelotas de trapos viejos y vejigas de cerdo infladas con la boca; y en homenaje a las juventudes que, contando en los suburbios de nuestras poblaciones un espacio adecuado, crearon los rudimentarios clubes de antaño, la AFA tiene la obligación moral de vivificar la añoranza del fútbol antiguo imponiendo sus vivencias en la actualidad.

La humanidad necesita la alegría que proporciona el fútbol. A los días turbios y convulsos que vivimos les hace bien el sol y el aire salubre de las canchas y, sobre todo, al alma popular abrumada de problemas, la fruición estentórea de los goles. Porque el gol es una palanca súbita que levanta millones de espectadores en la televisión y decenas de miles en la grada de los estadios. Porque el gol tiene la potestad omnimoda de sanear el espíritu y suplantar el silencio metamorfoséandolos en el júbilo de la expansión.

Juan Filloy

Río Cuarto, 21 julio 1990

Juan Filloy

Diatriba contra el fútbol de hoy



ilustración: jerides

Juan Filloy nació en la ciudad de Córdoba un 1º de agosto de 1894, hijo de padre español y madre francesa.

En 1918 participó activamente de la mítica Reforma Universitaria.

Con su flamante título de abogado llegó a Río Cuarto para quedarse unos pocos meses; sin embargo permaneció 64 años.

Las calles y las plazas del Imperio lo recuerdan caminando a paso vivo, enfrascado en la idea de alguno de sus más de cincuenta libros, entre éditos e inéditos.

Nunca dejó de ser un provocador; la literatura argentina y latinoamericana lo reconocen como tal. Como a un adelantado.

Participó activamente en áreas que la comunidad valora: educación, artes, deporte, ámbito judicial, periodismo.

Mantuvo la costumbre de publicar sus libros en editoriales pequeñas y de distribuirlos él mismo, de forma gratuita. En las últimas décadas sus títulos son reeditados por editoriales que renuevan el interés y el asombro por su estilo original y vanguardista.

Después de la muerte de su esposa Paulina volvió a vivir en Córdoba, donde murió a los 105 años.

Nunca dejó de escribir, nunca.

UniRío
editora

ISBN 978-987-688-047-3



Universidad Nacional
de Río Cuarto